



SONETOS

A su retrato.

Este, que ves, engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Son falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido:

Este en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y, venciendo del tiempo los rigores,
Triunfar de la vejez y del olvido:

Es un vano artificio del cuidado;
Es una flor al viento delicada;
Es un resguardo inútil para el Hado;

Es una necia diligencia errada;
Es un afán caduco; y bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Enseña cómo un solo empleo en amar, es razón y conveniencia.

Fabio, en el ser de todos adoradas,
Son todas las beldades ambiciosas;
Porque tienen las Aras por ociosas,
Si no las ven de víctimas colmadas:
Y así, si de uno sólo son amadas,
Viven de la Fortuna querellosas;
Porque piensan que más que ser hermosas,
Constituye Deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo á muchas mi atención zozobra;
Y sólo quiero ser correspondida

De aquel que de mi amor réditos cobra;
Porque es la sal del gusto el ser querida;
Que daña lo que falta y lo que sobra.

Á Julia.

La heroica esposa de Pompeyo altiva,
Al ver su vestidura en sangre roja,
Con generosa cólera se enoja
De sospecharlo muerto y estar viva:
Rinde la vida, en que el sosiego estriba
De esposo y padre; y con mortal congoja,
La concebida sucesión arroja;
Y de la paz con ella á Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenía
En las entrañas Julia, no abortara,
La muerte de Pompeyo excusaría:

¡Oh tirana fortuna! Quién pensara,
Que con el mismo amor que la temía,
Con ese mismo amor se la causara!

*Muestra se debe escoger antes el morir que exponerse
á los ultrajes de la vejez.*

Miró Celia una rosa, que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmín y grana
Bañaba alegre el rostro delicado;

Y dijo; goza sin temor del Hado
El curso breve de tu edad lozana;
Pues no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.

Y aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja;
No sientas al morir tan bella y moza:

Mira que la experiencia te aconseja,
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Y no ver el ultraje de ser vieja.

A Porcia.

¿Qué pasión, Porcia, qué dolor tan ciego
Te obliga á ser de tí fiera homicida?
¿O en qué te ofende tu inocente vida
Que así le das batalla á sangre y fuego?

Si la fortuna airada al justo ruego
De tu esposo se muestra endurecida;
Bástale el mal de ver su acción perdida:
No acabes con tu vida su sosiego.

Deja las brasas, Porcia, que mortales
Impaciente tu amor elegir quiere;
No al fuego de tu amor el fuego iguales;
Porque si bien de tu pasión se infiere,

Mal morirá á las brasas materiales
Quien á las llamas del amor no muere.

Engrandece el hecho de Lucrecia.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre que extinguió, á despecho
Del Rey injusto la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mundo aclama
Tu virtud; pues por premio de tal hecho,
Aun es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento

Con que pusiste fin á tantos males,
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

Soneto, á lo Mímo.

Bello compuesto en Laura dividido,
Alma inmortal, espíritu glorioso
Por qué dejaste cuerpo tan hermoso?
Y para qué tal alma has despedido?

Pero yá ba penetrado mi sentido,
Que sufres el divorcio riguroso.
Porque el día final puedas gozoso
Volver á ser enteramente uncido.

Alza tu alma dichosa, el presto vuelo,
Y de tu hermosa carcel desatada,
Dejando vuelto su arrebol en hielo;
Sube á ser de Luceros coronada:

Que bien es necesario todo el cielo,
Por que no echés menos tu morada.

Con una reflexión cuerda mitiga el dolor de una pasión.

Con el dolor de la mortal herida
De un agravio de amor me lamentaba;
Y por ver si la muerte se llegaba,
Procuraba que fuese más crecida.
Toda en su mal el alma divertida,
Pena por pena su dolor sumaba;
Y en cada circunstancia ponderaba
Que sobaban mil muertos á una vida.

Y cuando al golpe de mio y otro tiro,
Rendido el corazón, daba penoso
Señas de dar el último suspiro,
No sé porqué destino prodigioso;
Volví en mi acuerdo y dije: ¿qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

*Encarece de animosidad la elección de estado durable
hasta la muerte.*

Si los riesgos del mar considerára
Ninguno se embarcara, si antes viera
Bien su peligro, nadie se atreviera,
Ni al bravo toro ossado provocára;
Si del fogoso bruto ponderára
La furia desbocada en la carrera,
El ginete prudente, nunca hubiera,
Quien con discreta mano le enfrenara.
Pero si hubiera algo tan osado,
Que, no obstante el peligro, al mismo Apolo

Quisiera gobernar con atrevida
Mano, el rápido carro en luz bañado
Todo lo hiciera: y no tomara solo
estado, que ha de ser toda la vida,

*Pretendo con aguda ingeniosidad esforzar el dictamen de que sea
ausencia mayor mal que los celos.*

El ausente, el celoso, se provoca;
Aquel con sentimiento, esto con ira;
Presume este la ofensa, que no mira;
Y siente aquel la realidad, que toca:
Este templa, tal vez su furia loca;
Cuando el discurso en su favor delira;
Y, sin intermisión, aquél suspira,
Pues nada á su dolor la fuerza apoca.

Este aflige dudoso su paciencia;
Y aquél padece ciertos sus desvelos;
Este al dolor opone resistencia;
Aquél y fin ella, sufre desconsuelos:
Y si es pena de daño, al fin, la ausencia,
Luego es mayor tormento, que los celos.

No quiere pasar por olvido lo descuidado.

Dices que yo te olvido Celio, y mientes,
En decir que me acuerdo de olvidarte;
Pues no hay en mi memoria alguna parte,
En que, aun como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes,
Y en todo tan agenos de tratarte;
Que ni saben si pueden olvidarte,
Ni si te olvidan, saben si lo sienten:

Si tu fueras capaz de olvido, y ya era gloria,
al menos, la potencia de haber sido.

Mas tan lejos estás de esa victoria,
Que aqueste no acordarme, no es olvido,
Sino una negación de la memoria.

Soneto.

Al que ingrata me deje busco amante;
Al que amante me sigue, dejo ingrata;
Constante adoro á quien mi amor maltrata;
Maltrato á quien mi amor busca constante:

Al que trato de amor, hallo diamante;
Y soy diamante, al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata;
Y mato á quien me quiere ver triunfante.

Si á éste pago, padece mi deseo:
Si ruego á aquél, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo;

Pero yo, por mejor partido escojo,
De quien no quiero ser violento empleo;
Que de quien no me quiere vil despojo.

Pyramo y Tysbe.

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil, y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco, aun hoy, resuena
El eco, que doliente á Tysbe nombra;

Cubrió la verde matizada alfombra,
En que Pyramo amante abrió la vena
Del corazón, y Tysbe de su pena
Dió la señal que aun hoy el mundo asombra,
Mas viendo del amor tanto despecho

La muerte, entonces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho:
Mas ¡ay! de la infeliz y desdichada,
Que á su Pyramo dar no puede el pecho,
Ni aun por los duros filos de una espada!

En que satisface un recelo con la retórica del llanto.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones vea
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba:
Y Amor, que mis intentos ayudaba,
Venció lo que imposible parecía;
Pues entre el llanto que el dolor vertió,
El corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien: baste;
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste.

Con sombras necias, con indicios vanos:
Pues ya en líquido humos viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

Soneto.

Detente, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusión, por quien alegre muero,
Dulce ficción, por quien penoso vivo:

Si al imán de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero.
Si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho
Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho,
Si te labra prisión mi fantasía,

Prosigue el mismo pesar, y dice, que aun no se debe aborrecer tan indigno sujeto, por no tenerle aún así cerca del corazón

Sylvio, yo te aborrezco, y aún condeno
El que estés, de esta suerte, en mi sentido;
Que infama el hierro al escorpión herido,
Y á quien la huella mancha inmundo el cieno
Eres como el mortífero veneno,
Que daña, á quien lo vierte inadvertido;
Y en fin eres tan malo, y fermentado,
Que amo para aborrecido no eres bueno.
Tu aspecto vil á mi memoria ofresco,
Aunque con susto me lo contradice.
Por darme yo la pena que merezco:
Pues que dando considero, lo que hice,
No solo á ti, corrida te aborrezco;
Pero á mí, por el tiempo que te quise.

Un celoso refiere el comun pesar, que todos padecen, y advierte á la causa el fin, que puede tener la lucha de afectos encontrados

Yo no dudo, Lisarda que te quiero,
Aunque sé que me tienes agraviado;
Mas estoy tan amante, y tan ayrado,
Que afectos, que distingo, no prefiero:
De ver, que odio, y amor te tengo, infiero
Que ninguno estar puede en sumo grado;
Pues no le puede el oído avergonzado,

Sin haberle perdido amor primero.
Y si piensas que el alma, que te quiso,
Ha de estar siempre á tu afición ligada.
De tu satisfacción vana te aviso:
Pues si el amor al odio ha dado entrada,
El que bajó de sumo á ser remiso,
De lo remiso pasará á ser nada.

De amor, puesto antes en sujeto indigno, es enmienda blasonar del arrepentimiento

Cuando mi error, y tu vileza veo,
Contemplo, Sylvio de mi amor errado,
Cuan grave es la malicia del pecado,
Cuan violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apenas creo,
Que pudiese caber en mi cuidado
La última línea de lo despreciado,
El término final de un mal empleo?

Yo bien quisiera cuando llego á verte
Viendo mi infame amor poder negarlo;
Más luego la razón justa me advierte,
Que solo se remedia en publicarlo;
Porque del gran delito de quererte,
Solo es bastante pena, confesarlo.

Efectos muy penosos de amor, y que no por grandes igualan con las prendas de quien le causa

¿Vesme, Alcino, que atada á la cadena
De amor, paso, en sus hierros aherrojada
Miseria esclavitud, desesperada.
De libertad y de consuelo ajena?
¿Ves de dolor y angustia el alma llena,
De tan fieros tormentos lastimada,

Y entre las vivas llamas abrasadas,
 Juzgarse por indigna de su pena?
 ¿Vesme seguir sin alma un desatino,
 Que yo misma condeno por extraño?
 ¿Vesme derramar sangre en el camino,
 Siguiendo los vestigios de un engaño?
 Muy admirado estás. ¿Pues, ves, Alcino?
 Más merece la causa de mi daño.



DECIMAS

Copia divina en quien veo
 Desvanecido al pincel,
 De ver que ha llegado él
 Donde no pudo el deseo;
 Alto, soberano empleo,
 De más que humano talento,
 Exenta de atrevimiento,
 Pues tu beldad increíble,
 Como excede á lo posible,
 No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
 Fué á copiarte suficiente?
 ¿Qué numen movió la mente?
 ¿Qué virtud rigió la mano?